

1960. "Quevedo ¿teólogo?", en: *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 11 de septiembre, 1.
1960. "¿Qué es la dialéctica? (Un ejercicio sobre Hegel)", en: *Mito* Revista bimestral, Bogotá, noviembre-diciembre, año IV, N.º 33, 100-118.
1960. Jorge Luis Borges/ Ein Vortrag von Rafael Gutiérrez Girardot. Bonn, Argentinische Botschaft, 10.
1961. "Pedro Henríquez Ureña: a propósito de la edición de su obra crítica", en: *El Rehilete*, México, N.º 1, 11-15.
1961. "Jorge Luis Borges", en: *Merkur*, N.º 156, febrero. Stuttgart.
1961. "Jorge Luis Borges", en: *Mito* Revista bimestral VII (39-40), Bogotá, diciembre, 1961-enero, 1962, 119-125.
1962. *Dos estudios sobre Alfonso Reyes*; por Ingmar Dühring y Rafael Gutiérrez Girardot. Madrid: Ínsula, 156.
1964. "Hegel. Notas heterodoxas para su lectura", en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, marzo, N.º 171, 565-676.
1964. "Hegel y lo trágico. Notas sobre la génesis política de su filosofía especulativa", en: *Sur*, Buenos Aires, marzo-abril, 74-86.
1964. *Der Zahir und andere Erzählungen* / Jorge Luis Borges. [Aus dem Span. übers. von Eva Hesse und Karl August Horst. Nachw.: Rafael Gutiérrez Girardot] Frankfurt am Main, Insel-Verlag, 66.
1965. "Walter Benjamin. Posibilidad y realidad de una filosofía poética", en: *Ínsula*, Madrid, mayo, N.º 185, 307-324.
1965. "Problemas de la crítica literaria", en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, mayo, N.º 185, 307-324.
1965. "El fin de la filosofía", en: *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 27 de junio, 5.

Carlos Arturo Torres: aproximaciones a su postura intelectual, literaria y estética

Carlos Arturo Torres: approaches to its intellectual position, literary, and aesthetic

*John Fredy Ramírez Jaramillo**
Universidad de Antioquia

Recibido: 28 de febrero. Aprobado: 30 de mayo de 2010 (Eds.)

Resumen: Este artículo ofrece una mirada al pensamiento intelectual, estético y literario de Carlos Arturo Torres. En él se destaca el análisis que hace sobre las reorientaciones del pensamiento contemporáneo a partir de una argumentación positivista. Se estudia la interpretación en torno al desarrollo intelectual y la historia literaria a la luz de las leyes positivistas de constancia y transformismo, a la vez que se presenta la noción de literatura de ideas con la que es explicado parte del devenir literario. También se señala la postura estética que motiva en el autor colombiano su concepción de la literatura contemporánea y la corriente modernista. Finalmente, son debatidas sus consideraciones estéticas sobre las categorías del ideal y la belleza y el marco clasicista que las envuelve.

Descriptor: Carlos Arturo Torres; positivismo; crítica literaria; arte; modernismo; ideal; belleza.

Abstract: this article offers a glance to Carlos Arturo Torres literary, aesthetic and intellectual way of thinking. Through this paper, also, the analysis that he makes about the reorientation of the contemporary thinking, starting from a positivist argumentation, will be highlighted. Then, the interpretation surrounding the intellectual development and literary history in the light of

* Docente de cátedra del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia (jframija@yahoo.com). Magíster en Filosofía y Estética de la Universidad de Antioquia. Investigador adscrito al Grupo de Investigación de Teoría e Historia del Arte en Colombia de la Facultad de Artes y el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia (Reconocido ante Colciencias). Este artículo es un informe parcial del Proyecto de Investigación "Arte, belleza e ideal: tres categorías estéticas en Colombia durante el periodo de la academia" (2007 Codi, Universidad de Antioquia).

the positivist laws of constancy and transmutation will be done. At the same time, the literary notion of ideas, which explained in part the literary future, will be presented. After that, this paper will aim at the aesthetic position that motivates in the Colombian author his particular conception about the contemporary literature and the modernist movement. Finally, his aesthetic considerations about the categories of ideal and beauty and the classicist framework that encircles them, will be discussed.

Key Words: Carlos Arturo Torres; Positivism; Literary criticism; Art, Modernism; Ideal; Beauty.

Introducción

Carlos Arturo Torres (1867-1911) fue un intelectual que conjugó distintas actividades: el derecho, la política, la enseñanza, el periodismo, la poesía, el ensayo, y la crítica literaria, sobresaliendo en cada una de ellas con gran mérito. Igualmente se destacó como director de los periódicos *La Crónica* y *La Civilización*, y posteriormente como director de la revista *El Nuevo Tiempo Literario*. En el terreno de la crítica literaria es uno de los autores de entre siglos que contribuyó a la divulgación de las tendencias y pensamientos estéticos en Colombia. Si bien sus ensayos se ocuparon muy poco de los escritores colombianos en comparación con los extensos estudios que hizo sobre diversos autores europeos, sus análisis literarios en general sobresalen por una profunda reflexión conceptual.

Cabe destacar que en el pensamiento de Carlos Arturo Torres hay un compromiso reflexivo hasta ahora poco apreciado que busca dar respuesta, a partir de un planteamiento filosófico moderno, a las distintas encrucijadas de la cultura de su época. Sus artículos de prensa reflejan este compromiso con ideas de apertura tendentes a iluminar las determinaciones políticas del país dentro del horizonte de una práctica civilizada. Desde el inicio de su actividad periodística (Porrás, 2004) se observa la aplicación de agudos razonamientos sociológicos y filosóficos contemporáneos que le permiten analizar la situación de retraso social, político y cultural que vive Colombia en el periodo de la Regeneración. Como tendremos oportunidad de verlo, dichos criterios fundamentan en buena parte su teoría de la crítica literaria y la comprensión del fenómeno artístico. Y son estos antecedentes los que nos permiten señalarlo como uno de los escritores que aportó al desarrollo de las ideas filosóficas, sociológicas y estéticas en Colombia.

Necesidad de la independencia de criterio

Desde mediados del siglo XIX las teorías del positivismo europeo llegaban a Colombia incidiendo en la vida académica, artística y política del país. Salvador Camacho Roldán (Tovar, 2002), comerciante liberal y profesor de sociología de la Universidad Nacional, fue uno de los primeros intelectuales que, motivado por la filosofía de Herbert Spencer y otros representantes de la escuela experimental, propendió al desarrollo de una nueva ciencia sociológica capaz de descubrir las leyes que gobiernan la realidad de la nación, tomando como referente las leyes físicas que rigen a la naturaleza. Es importante anotar que este planteamiento representa una de las ideas seculares modernas más significativas de la época que, en clara oposición a las ideas clericales tradicionalistas, abogaba por estimular una concepción positivista del conocimiento y la sociedad.

Carlos Arturo Torres, siguiendo la huella de muchos de los pensadores liberales que se inclinaron por el estudio del positivismo, se acercó desde su juventud a los autores europeos que representaban esta doctrina. Un rasgo por el cual aún sobresale dentro del panorama intelectual colombiano (Gutiérrez, 2005) es el hecho de haber sido un escritor que promovió un conocimiento de la ciencia y de la filosofía alejado de los dogmatismos a los que era tan proclive la sociedad colombiana de comienzos de siglo XX traspasada por fanatismos, supersticiones, intransigencias, despotismos y guerras. La ecuanimidad del pensamiento de Torres lo hace uno de los tempranos representantes del pensamiento contemporáneo en Colombia.

En su obra filosófica *Idola Fori* (1909), introduce la noción “rotación de las ideas” con el propósito de fijar su tesis sobre la relatividad del conocimiento. Guiado por las reflexiones de distintos filósofos racionalistas y positivistas sostiene que la inteligencia humana, aunque lo anhele, está impedida para alcanzar conocimientos absolutos e infalibles. El autor colombiano explica que las ciencias, si bien reposan sobre una serie de rigurosos postulados, estos en vez de ser admitidos como premisas inamovibles, están sujetos a una permanente revisión acorde a las necesidades de la época. Partiendo de esta exigencia de rigor crítico, considera que ninguna idea puede descalificarse a priori, sino que debe ser afirmada o refutada “en función de circunstancias determinadas” (Torres, 2001, 32). Para Torres no existen verdades definitivas, sino verdades que deben adecuarse al compás de los nuevos requerimientos del mundo o bien, mostrarse en última ins-

tancia como falacias que ya no tienen ninguna posibilidad de arraigo en el dominio del pensamiento. Tanto en uno como en otro caso, ello implica una permanente revisión, demolición y restauración de posturas y pensamientos. Justamente, esta incesante confrontación y depuración reflexiva es lo que denomina “rotación de las ideas”. Torres considera que la época contemporánea se distingue, como ninguna otra, por su espíritu crítico y por su permanente movimiento de ideas. Aspecto que obedece principalmente a la fuerte necesidad generalizada de rectificar los criterios materialistas que dominaron la segunda mitad del siglo XIX.

Comúnmente se ha establecido que Herbert Spencer (Sierra, 1989) es el filósofo que más influyó en la formación del pensamiento positivista de Carlos Arturo Torres. Es muy probable que el acercamiento a este autor inglés lo haya hecho desde la época en que fue estudiante de derecho en la Universidad Externado de Colombia. La teoría evolucionista es uno de los planteamientos más célebres de Spencer. A través de ella considera que la evolución en el mundo inorgánico y orgánico, incluyendo sus formas más elevadas operadas en el hombre, hacen parte de una transformación más amplia que se patentiza en todos los órdenes; y aun cuando sus resultados sean diferentes sus principios son similares: búsqueda de diferenciación creciente, de transformación progresiva y de perfeccionamiento ilimitado. Teniendo en cuenta el modelo de *El origen de las especies* de Darwin, la teoría spenceriana explica que la evolución social y la orgánica obedecen a unas mismas leyes.

Si bien es cierto que Torres tiene en cuenta estas y otras tantas apreciaciones de Spencer para abordar el estudio de los problemas sociológicos y políticos de su época, esto no significa que haya una total aceptación de sus conclusiones. Ciertamente, Torres reconoce que el transformismo y el evolucionismo propuesto por Darwin y Spencer fueron durante la segunda mitad del siglo XIX las teorías que más influyeron, no solo en el campo de las ciencias y la filosofía, sino también en el movimiento intelectual de la época. La explicación que da a este fenómeno es la siguiente: “la moral, la política y la sociología buscaban allí sus orientaciones definitivas; la historia, la literatura y la estética, se modelaban sobre aquellas nociones que, verificadas en un orden exclusivo de hechos científicos, el de la autonomía, aparecían como el fin de todos los fenómenos vitales en todos los dominios del conocimiento” (Torres, 2001: 37). Agrega, además, que esas ideas en un momento dado llegaron a ser absolutizadas por pensadores de

segundo orden, convirtiéndose de este modo en una especie de dogma. Sin embargo, advierte que es a comienzos del siglo XX cuando el panorama intelectual en el campo de las ciencias y de la filosofía va a admitir nuevos criterios que complementarán y delimitarán tales concepciones.

Así, en el orden de la filosofía reconoce que Bergson es uno de los autores que reinterpreta la concepción mecanicista de los fenómenos propuesta por Spencer, en donde la misma ley de la evolución que modela el mundo biológico determina el mundo humano. La teoría bergsoniana realiza un giro con el que restituye nuevamente la unión entre el mundo físico y el mundo metafísico, proponiendo un evolucionismo superior creador de impulsos vitales, opuesto al evolucionismo mecanicista demasiado general y reduccionista de Spencer. Sostiene Torres que el pensamiento de Bergson representa una destacada concepción filosófica que antepone al materialismo del siglo XIX “una modalidad del espíritu moderno anhelante de idealismo” (40).

Aunque el crítico colombiano reconoce que estas nuevas posturas filosóficas tienen una significativa relevancia, admite a su vez que están sujetas a modificaciones que pueden obedecer a una reacción imprevista o a hallazgos intuitivos de mayor profundidad. Así, al hacer su análisis de las distintas pugnas y permanentes reorientaciones del pensamiento contemporáneo, concluye que dentro del conocimiento humano no existe una verdad única y que para beneficio de la cultura y del hombre mismo, es importante que se aprenda a ejercer una reflexión comprensiva y respetuosa ante la múltiple presencia de doctrinas científicas y filosóficas. Esto lo sintetiza a manera de dos importantes postulados. Uno de tipo netamente cognoscitivo y que ya hemos mencionado: el de la relatividad del conocimiento que explica su tesis sobre la rotación de las ideas. El segundo postulado tiene un rasgo de aplicación pragmática: asumir intelectualmente una actitud de tolerancia ante la diversidad de ideas que se agitan en el panorama contemporáneo:

Eslabón de una cadena infinita en su extensión y en su complejidad, el pensamiento actual de la humanidad con todas sus contradicciones, sus rectificaciones, sus contrapuestos puntos de vista, sus regresiones y sus avances, establece en definitiva, un postulado superior, el concepto de la relatividad, y un corolario indispensable, la tolerancia de la inteligencia (41).

En otras palabras, el espíritu ilustrado de Torres aboga por los principios de respeto e independencia de criterio. Su fe en la pureza de la razón

lo conduce a rechazar las ideas anacrónicas que no permiten el ejercicio de una disciplina crítica que indaga por la verdad. Poniendo como guía la filosofía de Nietzsche, insiste en que debemos estimular la autonomía del pensamiento, el fortalecimiento de nuestras capacidades humanas y la búsqueda por sí mismos de las ideas, combatiendo todas aquellas ideologías y dogmas que esclavizan y empuñan la razón.

El cosmopolitismo de ideas

El espíritu universalista de Carlos Arturo Torres, nutrido por una amplia formación intelectual y la experiencia de los modos de vida de los países europeos por él conocidos, lo lleva a encarnar uno de los rasgos más característicos de la modernidad: el cosmopolitismo de ideas. Aun cuando reconoce que en el transcurso de la historia de la humanidad han existido figuras descolantes que han regido su existencia a partir de una sola idea o principio inmodificable, considera que se trata solo de individualidades excepcionales que difícilmente pueden encontrarse entre la vera de un siglo y otro, y a las cuales fácilmente se les vincula el rasgo de ser unos “elegidos” que han aparecido en el momento en que las circunstancias lo han demandado. Podríamos decir que Juana de Arco es un ejemplo de este tipo de sujetos que han regido la acción de su existencia a través de una sola idea o convicción inquebrantable.

Sin embargo, en el contexto moderno Torres toma al hombre de una sola idea como un individuo de “mentalidad simplista” que somete la complejidad de la vida a un dilema elemental en donde todo se reduce a ser verdadero o errado, bueno o malo. Piensa que esta clase de sujeto no se corresponde con la realidad contemporánea, caracterizada por el permanente avance de las ciencias y la exigencia de una permanente rectificación del pensamiento. A propósito de esta condición de pluralidad y apertura que demanda la modernidad, Torres observa con preocupación en el escenario político y cultural de la nación el surgimiento de ideas absolutistas, propias, a su juicio, de épocas pasadas que estuvieron ancladas en el dogma religioso y en el fanatismo político. La historia de los conflictos de distintos países (Sierra) como Francia, Rusia, Estados Unidos y muy significativamente Inglaterra, donde trabajó como cónsul durante varios años, le sirve de referente para legitimar una posición de tolerancia y un papel conciliador, tal y como él mismo lo asumió, durante la guerra civil de los

Mil Días acaecida en Colombia. Considera que una de las maneras como se puede derrumbar las supersticiones políticas e intelectuales es a través de la afirmación de la necesidad de la evolución mental. Apreciación que viene ya determinada por la filosofía de Hegel y Fouillée, y que reafirma su tesis sobre la rotación de las ideas:

Contra el fiero ideal de la cristalización del pensamiento en formas inmutables aparece el principio revolucionario del impulso inmanente de las ideas. Solicitadas por interiores estímulos y por causas ambientales, las ideas están siempre en movimiento, siempre transformándose, enriqueciendo de continuo con sus adquisiciones el patrimonio mental de la humanidad. He aquí uno de los más fecundos principios de la filosofía moderna: ni Descartes ni el mismo Kant habían advertido claramente que las ideas no son formas estáticas, sino que comportan una poderosa virtualidad dinámica que hace de ellas verdaderos gérmenes vivientes: fue Hegel quien hizo del *devenir* una ley de sistematización filosófica, y hoy, Fouillée, al formular su teoría de “las ideas-fuerza”, ha dado una base psicológica cierta al gran principio hegeliano (Torres, 2001: 14).

Principios de la evolución y de la unidad, de constancia y transformación

Debido al vivo interés que tiene Torres de explicar el íntimo proceso que permite a los hombres intelectuales y de acción cambiar de un criterio a otro completamente opuesto sin que se traicione su identidad reflexiva, plantea la existencia del “doble y coexistente principio de la evolución y de la unidad de la mente” (15). El principio denominado “unidad de la mente” alude al conjunto de rasgos intelectuales propios de un sujeto en particular, por el cual se identifica adecuadamente su originalidad sin que importe el ámbito en que actúa. Dichos rasgos tienen que ver, de una parte, con el particular grado de inteligencia y de apertura espiritual alcanzada por el sujeto en cuestión; de otra, con la aplicación de unos mismos métodos y una misma disciplina tendentes a descifrar un fenómeno cualquiera del mundo, o bien tendentes a legitimar la defensa de una idea o la justificación de unas actuaciones. Tomando como caso concreto la transformación del pensamiento de Paul Bourget (Arango, 2007), caracterizado en un inicio por la adecuación a unos criterios positivistas y posteriormente por unas marcadas tendencias aristocráticas, antisemitas y nacionalistas, Torres iden-

tífica en este escritor francés –con quien sostuvo una amistad intelectual a pesar de discrepar de sus posiciones ideológicas– su unidad de pensamiento:

La unidad de su producción literaria, que ese cambio no ha destruido ni desvalorizado, el persistente *hilo rojo* de esa creación tan hermosa y admirada aun por los que no compartimos sus principios fundamentales, consiste, a mi entender, en la orientación constante de su espíritu y en la uniformidad de sus métodos literarios; en la homogeneidad de su arte, siempre noble, serio y trascendental, y en la disciplina científica de su criterio; en las formas generales y metodización de su pensamiento y en la finalidad definitiva de sus concepciones (Torres, 2001: 26).

Ahora bien, el principio denominado “evolución de la mente” señala la permanente configuración, asimilación y depuración de pensamientos que realiza la inteligencia de los hombres activos. Esta renovación de las ideas se correspondería con las propias inquietudes internas y las necesidades que el mundo exterior impone al sujeto. Según Torres, la mente de los creadores y de los líderes, aunque actúa bajo unos criterios de orientación estables que muestran el carácter de la personalidad intelectual, no se aferra a un esquema único de ideas. El espíritu de estos personajes se encuentra abierto al análisis y asimilación de las más distintas concepciones que se integran bajo su unidad de pensamiento. Es necesario remarcar que para Torres los principios de unidad y evolución de la mente coexisten dentro de una asombrosa relación de recíproca complementariedad. Por otra parte, de acuerdo con el autor colombiano, estos principios no son más que la expresión en el plano espiritual del doble principio biológico de transformación y constancia que rige los procesos evolutivos y de sustentación de la vida, y que la ciencia ha logrado comprobar. Las teorías científicas de Darwin, Spencer y Quinton son las que le sirven de referente para defender esta posición.

Desde un marco abiertamente positivista, sostiene que los principios de transformismo y de fijeza ofrecen a la inteligencia una nueva dirección en el estudio y comprensión de las leyes sociales aplicadas a las formaciones intelectuales, psicológicas, morales, históricas, políticas y artísticas. Así, en el campo de la historia literaria, el principio de constancia lo aportaría cada pueblo a través de aspectos colectivos constituidos por la raza, la tradición y la lengua; mientras que el principio de transformismo se correspondería con el carácter y la originalidad del individuo artístico. Según una de estas

leyes prevalezca con mayor fuerza en una forma literaria, se puede hablar de literaturas de tradición o revolución:

[...] la filosofía de la historia literaria establece leyes de orden estático y leyes de orden dinámico; esto es, leyes de conservación y constancia y leyes de evolución y progreso. Los elementos estáticos son especiales de cada pueblo, en tanto que los dinámicos lo son de cada escritor: de ahí las literaturas de tradición y las literaturas de revolución (Torres, 2002, 353).

Apelando a la mutua coexistencia de ambos principios, Torres explicita que aun cuando los aportes originales del artista crean ruptura y evolución, esto no se da por la presencia aislada del principio dinámico. El principio de fijeza, reflejado en las ideas, aspiraciones y necesidades comunes de un pueblo, una época o una generación de artistas, se constituye también en algo imprescindible para el desarrollo del arte y el logro de nuevos efectos, sin que suponga que dicho elemento condicione la originalidad de cada alma artística: “Las ideas predominantes –resultado casi siempre de lo que me atrevería a llamar el estado del alma de cada generación– son una sutil vinculación entre los escritores, pero no un férreo patrón que ha modelado, como un troquel uniforme, su estilo y su pensamiento” (352).

La referencia hecha por Torres a la influencia del espíritu de la época y del pueblo en el que vive y se desenvuelve el artista, recuerda el análisis social que Taine (1950) hace de las obras a través de su concepto de medio. Este autor defiende la tesis de que la obra de arte no es algo que se produzca aisladamente. A ella se debe vincular, en primer lugar, el conjunto total de la producción del artista con la que se identifica su estilo; en segundo lugar, la escuela o grupo de artistas con los que comparte unos mismos criterios o inquietudes; y en tercer lugar, los gustos, intereses y vicisitudes de la sociedad en la que el artista vive. La exposición de Taine, no obstante, cae en el extremo de afirmar que las obras de arte solo son explicables por el medio, el cual puede ser determinable y a la vez puede ser reconstruido por el historiador.

Torres hace parte del conjunto de críticos colombianos, entre los que destacamos a Baldomero Sanín Cano, que se interesaron por la propuesta de Taine al poner de relieve el vínculo existente entre arte y sociedad. Sin embargo, al igual que el mencionado crítico antioqueño, es consciente de que la teoría del medio no puede ser tomada con un criterio rigurosamente científicista, sino como un postulado que tiene gran margen de relatividad y

gran componente de variables: “No desconocemos que la teoría del medio con que Taine estudia y explica las creaciones de la inteligencia ha perdido mucho de su prestigio científico, pero no puede negarse que proclama una verdad, siquiera relativa y condicionada” (304).

El devenir de la literatura como literatura de ideas

Carlos Arturo Torres se inscribe en la tradición que interpreta el arte como una actividad humana de carácter espiritual, cuya función creativa se vincula con fines eminentemente altruistas y humanitarios. Es importante señalar que en Colombia, a finales del siglo XIX, la tradición literaria y crítica se encontraba fuertemente arraigada por una concepción del arte con fines sociales. Rafael Pombo, Rafael Núñez, como poetas, Miguel Antonio Caro, Antonio Gómez Restrepo, Luis María Mora, como críticos literarios, defienden un programa que rescata la tradición, el mejoramiento de las costumbres y la difusión de la doctrina católica. La concepción de una literatura con fines sociales en Torres (Arciniegas, 1905) viene estimulada desde su juventud por el pensamiento poético de Víctor Hugo y por el programa con que José María Rivas Groot, en el prólogo a *La lira nueva* (1993) –antología de poesías editada en 1886 de las nuevas jóvenes promesas que empiezan a reconocerse en el ámbito nacional– define el quehacer de los nuevos poetas nacionales: ser promotores principalmente de ideas de alto valor filosófico.

El criterio estético de Torres (Mesa, 1982) estuvo fuertemente determinado por el interés que como pensador otorgó a los fenómenos sociales y a su compromiso político conciliatorio en una época caracterizada por la confrontación partidista y el resquebrajamiento nacional. La extensa producción escrita en materia de asuntos políticos e históricos, su obra cardinal *Idola Fori*, muchos de sus poemas y cuentos donde se desarrollan temas de profunda reflexión filosófica, su único drama titulado *Lope de Aguirre*, donde exalta el ideal de la libertad, dan cuenta de esas fuertes inclinaciones sociales que modelan sustancialmente su apreciación del arte.

Asumiendo como propia la postura de Jean Marie Guyau, quien resalta, de un lado, la sociabilidad como la cualidad que constituye el sustrato de la literatura y el arte, y de otro, la importancia de que el artista encamine su quehacer a la búsqueda y transmisión de “las ideas más elevadas del espíritu y que dominan toda la vida” (Guyau, 1902, 515), Torres justifica

una literatura que cumpla con estos requisitos. En su discurso de recepción en la Academia Colombiana pronunciado en 1910, justo un año antes de su muerte, explica su concepción del arte literario. Así, a través de la expresión “literatura de ideas” define una forma de creación literaria que en vez de estar orientada por pensamientos puramente abstractos o por propósitos meramente didácticos, es una “literatura de finalidad”, es decir, un arte que está “puesto al servicio de las eternas aspiraciones humanas, ennoblecido por las grandes ideas, que son las que hacen, al decir de Guyau, la gran poesía y la gran literatura” (Torres, 2002, 352).

Torres se identifica entonces con los literatos y críticos que conciben el arte con finalidades de alto valor ético. Otro de los autores considerados por el escritor colombiano es Giuseppe Mazzini. En la introducción a su *Obra poética* (1900) evoca la siguiente frase del filósofo y político italiano: “La Poesía es la facultad de simbolización puesta al servicio de una grande idea” (11). Para corresponder como artista a esta exigencia en dicha introducción Torres explica cuáles son las “grandes ideas” que guían su libro: “he pretendido en él reducir a la forma esencialmente poética del simbolismo alguna de las ideas sociales y filosóficas que han solicitado más poderosamente mi atención” (11). No obstante, hay que aclarar ante estos enunciados que para el autor colombiano no solamente los ideales filosóficos, políticos y sociales ocupan el interés de la literatura; también la ciencia puede convertirse en un tema literario, siempre y cuando se rebasa la esfera de lo racional dando cabida a la imaginación y al sentimiento.

Consciente de que el arte literario tiene como objeto sugerir y no enseñar, Torres aclara que la poesía no puede presentar en forma abstracta las tesis que agitan el mundo intelectual: “es preciso cubrirlas –dice– para disimular su aridez, con el manto brillante de la ficción, de la imagen y del símbolo” (13). Poemas suyos como *La Abadía de Westminster* y *Giordano Bruno* representan un ejemplo de simbolización artística puesta al servicio de las ideas y causas científicas. Torres toma la poesía como un canal lingüístico que comunica, a través de su capacidad simbolizadora, ideas de toda clase. Es necesario aclarar que esta consideración del simbolismo en ningún momento se asocia a la corriente francesa simbolista que lideró Mallarmé durante la segunda mitad del siglo XIX. Más bien se halla un tanto cercana a la concepción clásica donde los símbolos son tomados como signos sugestivos que señalan la esfera universal donde moran los más sagrados misterios e ideales.

Los estudios hechos sobre las obras de Shakespeare, Byron y Alfred de Vigny ponen de manifiesto en Torres un juicio crítico proclive a las ideas trascendentales y de alta significación ética, más que al manejo de los elementos propiamente estéticos. En *Hamlet* ve, por ejemplo, un magistral desarrollo de pensamientos filosóficos donde se contrasta la fragmentariedad y la duda del hombre moderno. En el *Manfredo* de Byron resalta el dolor de un alma desarraigada que busca redimirse de sus males cegando de una vez por todas su vida. En la obra de Alfred de Vigny celebra la sensibilidad de un espíritu filosófico que expresa a través del símbolo poético problemas de hondo calado moral.

Torres cree que el momento que vive reclama una acción, un compromiso de los escritores con su época. Aspecto que debe verse reflejado en las obras a través del desarrollo de ideas, doctrinas y esperanzas por las cuales el hombre se debate en la historia. Chateaubriand, Benjamin Constant, Guizot, Royer Collard, Lamartine y Hugo, son autores del romanticismo francés que exalta por el compromiso que tuvieron con las causas sociales, con las doctrinas políticas democráticas, la libertad y la solidaridad social. Igualmente, relaciona autores modernos como Björson, Nietzsche, Ibsen, Guyau, quienes influenciados por la ciencia y por los problemas sociales crearon obras de destacado mérito.

Torres tiene en gran estima a los autores que han hecho de su vida y de su obra un apostolado de las causas sociales y políticas, pues detecta en ellos una clase de espíritus superiores

Que hacen suyas las ideas de su tiempo, las aspiraciones y las agonías de su raza, que traducen en símbolos gigantescos los ideales contemporáneos, que se yerguen ante la iniquidad triunfadora, que luchan por una idea contra una sociedad, que desafían el odio y desprecian la preocupación, que señalan en medio de las sombras del presente, la ceja de luz del incorruptible porvenir y dejan su torre de marfil para bajar a la arena de la lucha humana como gladiadores y a veces también como mártires (133).

De los poetas ibéricos, Núñez de Arce es quien, según su criterio, mejor representa el modelo del escritor moderno comprometido.

En el terreno de la creación, Torres es completamente consecuente con estas apreciaciones. Justamente, Alirio Díaz Guerra (1897) destaca la poesía de Torres por ser un arma de combate que busca encaminar las

conciencias del presente y del futuro hacia la búsqueda de los ideales de libertad y de justicia.

Cabe anotar que Torres interpreta el desarrollo histórico y cultural de la humanidad en relación con el desarrollo del espíritu poético. La poesía es tomada como expresión elevada de la inteligencia y del sentimiento donde se recogen los más significativos momentos históricos de los pueblos, sus pugnas políticas y religiosas, así como sus concepciones filosóficas y éticas. En este sentido se convierte en una actividad que narra y simbólicamente deja constancia de los distintos padecimientos del espíritu humano y de sus distintas cumbres de lucidez generadas en medio de las turbulentas vicisitudes:

Más que por un hombre representativo o por una institución civil o religiosa, cada período histórico que se hunde en el pasado se simboliza en una concepción poética capital, a la manera como los continentes sumergidos, señalan el dilatado trazo de sus contornos en cimas que emergen de las aguas y orlan y embellecen el horizonte marino cual islas florecidas y archipiélagos de verdor (335).

Tres serían, según Torres, las edades de la literatura y la poesía que acompañarían el ascenso de la humanidad en el florecimiento de sus diversas épocas y culturas. La primera corresponde al *Ciclo de la fatalidad*; aquí el espíritu oprimido por la presencia sobrecogedora y caótica de la naturaleza, por sus ocultos misterios, canta crueles teogonías y a la vez bellos mitos sobre dioses que representan las fuerzas del universo. La segunda pertenece al *Ciclo de la lucha*, caracterizada por el conflicto entre el mundo occidental y el mundo oriental. Las obras que representan esta época se asocian a zagas como la *Iliada* y la *Odisea*, la *Eneida*, las leyendas del ciclo de Arthus, las epopeyas célticas, los Nibelungos, el Santo Grial. Con el fin de la época feudal y el inicio de la época moderna, se da paso al *Ciclo de la libertad*. La literatura y la poesía se caracterizan en este tercer momento por ser testigos e intérpretes de las naciones modernas, de la evolución de su cultura y de sus ideas. Shakespeare, Cervantes, Calderón, Molière, Corneille, Milton, Byron, Víctor Hugo; en épocas más recientes Kipling, Newboldt, Bernard Shaw, Whitman, por mencionar solo a estos, se constituyen, cada uno a su modo, en voceros de los reclamos de sus épocas y sus naciones.

La literatura contemporánea y la corriente modernista

Guiado por las apreciaciones del escritor danés Emil Fog, Carlos Arturo Torres considera que el arte literario moderno lo constituye una totalidad de obras en la que se formulan pensamientos, necesidades, aspiraciones de todo orden. Tendencias políticas, morales, sociológicas y científicas operan allí. El crítico colombiano registra el cambio y las tendencias que ha tenido la literatura a lo largo de la historia, mostrando cómo para inicios del siglo xx esa forma de expresión artística ya no es la que otorga los ideales y prototipos de hombres a las concepciones democráticas, políticas y sociológicas, como había ocurrido en el pasado, sino que ahora ella se ve en la necesidad de nutrirse de aquellas doctrinas para hacerse más humana, inmensa y rica. Con ello pretende señalar, además, el rebasamiento del período modernista que pregonaba un arte cerrado en sí mismo, solo inteligible para unos pocos. Reconoce que la literatura contemporánea ha registrado de un modo especial los cambios psicológicos y estructurales que han transformado las costumbres y han acabado con los pensamientos estáticos, mostrando, además, que no existen unos límites precisos que tipifiquen y definan la realidad:

La precisión de criterio; la conciencia modelada en un patrón de hierro; las ideas concretadas e irrevocables, presentadas con la netitud de un código, sobre todas las cuestiones trascendentales, no son nuestro lote. La literatura moderna ha creado la palabra que califica y define la psicología de nuestros días: lo *impreciso* (323).

Cronológicamente, Torres perteneció a la generación de los modernistas (Sierra, 1989); sin embargo, sus intereses estéticos no se identificaron por completo con los de la nueva corriente literaria. De hecho, uno de los aspectos por los cuales critica a los poetas modernos es su pretensión de reducir el valor del arte a un hábil juego de procedimientos en donde solo importa el efectismo de los colores y los sonidos. Según el autor colombiano el arte no puede bastarse a sí mismo ni quedarse en un mero diletantismo; por el contrario, su fecundidad radica en que sepa mezclarse con todas las manifestaciones de la vida, con todos los pensamientos científicos y filosóficos, así como con toda la existencia moral y prosaica de la humanidad. Por esta razón cuestiona las interpretaciones estéticas que delimitan de manera

arbitraria la temática de la poesía, desconociéndose el cosmopolitismo de ideas que promueve la época moderna:

¿Por qué habría de echarse a mala parte el que otros espíritus, diversamente conformados, se sirvan de la suya para desarrollar temas de índole diferente, pero tan dignos, a su juicio, de la sagrada forma como los otros? ¿En dónde está la razón para circunscribir la poesía a determinadas provincias de la estética? ¿En dónde el derecho para alinderar el espacio en que ha de tender vuelo la inspiración? (12).

Torres se opone a la idea modernista de un arte autónomo que busca solo la perfección de la forma y que concibe el gusto por lo bello liberado de cualquier condicionamiento moral, político o religioso, aspecto que en Colombia Baldomero Sanín Cano defiende con gran vigor en su primera etapa como crítico literario (Jiménez, 1994). Torres critica el simbolismo puntualmente por la excesiva oscuridad con que presenta sus ideas, pues considera que a raíz de esta imprecisión y vaguedad de los temas tratados se afecta la esencia comunicativa del arte. Sin embargo, a pesar de este supuesto menoscabo, no deja de reconocer en las nuevas estéticas, denominadas también por él como estéticas revolucionarias, la fiel correspondencia que guardan con la complejidad de ideas que anima la época contemporánea y, a su vez, con las nuevas necesidades de expresión y experimentación emancipadas que reclama el arte de las primeras décadas del siglo xx.

Todo espíritu contemporáneo rinde tributo más o menos asiduo al prestigio de las estéticas revolucionarias, que corresponden, en alguna medida, a la inquieta y complicada mentalidad de nuestros días: traducen ellas una manera de evolución mental, una nueva etapa en el ciclo artístico, que para más vastos horizontes de inspiración pide formas más fáciles, más libres, más dislocadas (13).

Uno de los reparos hechos contra Torres (Sierra, 1989) es que su gusto poético y crítico se quedó atado a una estética que solo valora la poesía y la literatura por el desarrollo que hace de temas elevados. Si bien este autor percibió el sentido de las nuevas tendencias poéticas, su reverencia a los versos y preceptivas clásicas que buscan ante todo recoger, como él mismo lo expresa, “lo que es digno de la posteridad”, no le permitió experimentar por cuenta propia la revolución que poetas de su propia generación, como

José Asunción Silva y Rubén Darío, estaban haciendo en la prosodia castellana a través de los efectos de sus nuevos ritmos. Igualmente, su prevalente reivindicación de lo trascendental le hace perder sensibilidad frente a los méritos que tienen muchos de los poemas modernistas, ya sea por su logro formal en la experimentación de atrevidos ritmos y rimas o bien por el tipo de temas que buscan ante todo mostrar la diversidad de los estados del alma.

Ideal y belleza

La concepción del ideal en Torres deja entrever un sentido metafísico cercano a la perspectiva platónica. Para este autor las obras artísticas tienen mérito siempre y cuando prevalezca en ellas más que una forma o un estilo determinado, un contenido que subsista para todos los tiempos: “Digan cuanto quieran modas literarias de un día, el primoroso orfebre que cincela las filigranas del estilo pueden deleitarnos, pero no se impondrá a nuestro espíritu de modo perdurable si no anima sus creaciones con un soplo de eternidad” (19).

Este contenido puede estar asociado a un pensamiento o a un sentimiento supremo que exprese lo justo, lo bello, lo prudente, lo verdadero. Precisamente en una carta escrita a comienzos del siglo xx, dirigida a Guillermo Valencia y Ricardo Tirado Macías, Torres señala que el ideal artístico además de vincularse con lo imperecedero, se asocia con un máximum de aspiración, de anhelo que si bien es por completo inalcanzable e indeterminado, es tomado como símbolo y paradigma hacia el cual son proyectadas las realizaciones del hombre: “*Eleonora* –título de uno de sus poemas de juventud– es el símbolo, no de un amor, sino del amor; no de un ideal, sino del ideal eterno, siempre ansiado, siempre remoto, siempre imposible, indefinido y vago” (263).

En cuanto a la belleza, Torres la concibe a partir de un criterio utilitarista. Ya Horacio en su *Ars poetica* determina la necesidad de que toda obra integre la enseñanza y el deleite (*utile duci*) como una de las condiciones imprescindibles para que pueda alcanzar el consenso del público. Vemos que el autor colombiano se aproxima a esta premisa al afirmar que una obra es bella si conjuga lo “poético y lo trascendental”, si ella “encanta y enseña, conmueve y aconseja” (349). Lo cierto es que este aspecto vuelve a poner de presente su afinidad con una estética clasicista

que interpreta el arte como una actividad puesta al servicio de la cultura y el engrandecimiento del espíritu humano.

Conclusión

Si bien es cierto que en el pensamiento de Carlos Arturo Torres no existe una elaboración propiamente sistemática de los principios que orientan su concepción del pensamiento contemporáneo y del fenómeno literario, sí podemos apreciar el manejo de unos sólidos criterios conceptuales por medio de los cuales justifica su tolerancia intelectual y su independencia de criterio. Precisamente, es este referente conceptual de tipo filosófico, sociológico, científico, político y estético el que le permite combatir los dogmatismos y promover el cosmopolitismo de ideas como un rasgo propio de la modernidad. Es conveniente agregar que a través de su tesis sobre el doble principio de la evolución y de la unidad de la mente, Torres procura esclarecer las razones por las cuales las ideas en vez de entenderse como formas estáticas, deben asimilarse como gérmenes vivientes que están en constante movimiento, transformándose, rectificándose, permitiendo de esta manera acrecentar el patrimonio intelectual de la humanidad en todos sus ámbitos de expresión. Otro aspecto que no podemos dejar pasar de largo en esta conclusión, es la inclinación de Torres por interpretar el fenómeno literario a la luz de los principios de transformación y constancia, poniéndose en evidencia de este modo su sociología positivista. Resulta también interesante reseñar que aunque la valoración del arte en el autor colombiano esté determinada por su adscripción a la tradición que toma el arte como una actividad creativa puesta al servicio de fines altruistas, su crítica hacia las estéticas modernas no alberga una postura dogmática ya que reconoce en ellas una forma de evolución del ciclo artístico contemporáneo. Aspecto que lo distancia de las críticas radicales de censura contra las estéticas revolucionarias, asumidas en aquel entonces por figuras destacadas como Miguel Antonio Caro, Antonio Gómez Restrepo o Tomás Carrasquilla, por mencionar solo estas.

Finalmente, aun cuando su criterio estético, como lo pudimos corroborar por medio de las categorías de ideal y de belleza, se encuentra determinado más por una apreciación moral –que vincula reflexiones trascendentes y existenciales– que por una apreciación propiamente estética, podemos observar que el interés concedido a las temáticas relacionadas con el destino

y el progreso de la humanidad abre el camino para pensar en el contexto latinoamericano de comienzos del siglo xx, en la realización de un arte comprometido con las causas sociales y políticas, donde se afirmen los ideales contemporáneos de libertad y de justicia.

Bibliografía

- Arango Restrepo, Sofía Stella y Fernández Uribe, Carlos Arturo. *Fundamentos estéticos de la crítica literaria en Colombia. Finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX*. Medellín: Trabajo de investigación en proceso de edición, Universidad de Antioquia, 2007.
- Arciniegas, Ismael Enrique. “Carlos Arturo Torres. Recuerdos literarios”, en: *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, Tomo III, N.º 979-1, 1905, 5-10.
- Bergson, Henri. *La evolución creadora*. Traducción de Pérez Torres. Barcelona: Planeta De Agostini, 1985.
- Díaz Guerra, Alirio. “Los poemas simbólicos”, en: *El Espectador*, Medellín, N.º 330, 1897, 933.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. “Carlos Arturo Torres y el pensamiento contemporáneo”, en: *Aquelarre*. Revista del Centro Cultural Universitario, Universidad del Tolima, Ibagué, Vol. 4, N.º 8, 2005, 27-28.
- Guyau, Jean Marie. *El arte desde el punto de vista sociológico*. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1902.
- Jiménez Panesso, David. *Fin de siglo. Decadencia y modernidad. Ensayos sobre el modernismo en Colombia*. Bogotá: Editorial Presencia, 1994.
- Mesa, Darío. “La vida política después de Panamá. 1903-1922”, en: Mutis Durán, Santiago (ed.). *Manual de historia de Colombia*, Bogotá: Procultura, 1982.
- Porrás Vanegas, Germán Alexander. “Opinión Pública, ciudad y cultura en la obra periodística (1897-1898) de Carlos Arturo Torres”, en: *Estudios de Literatura Colombiana*, Medellín, N.º 14, 2004, 79-88.
- Rivas Groot, José María. *La lira nueva*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.
- Sierra Mejía, Rubén. *Carlos Arturo Torres*. Bogotá: Procultura, 1989.
- Sierra Mejía, Rubén (ed.). *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Taine, Hipólito. *Filosofía del arte*. Tomo I. Madrid: Escalpe, 1950.
- Torres, Carlos Arturo. *Obras. Tomo I*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2001.
- _____. *Obras. Tomos II y III*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2002.
- Tovar González, Leonardo. “Ciencia y fe: Miguel Antonio Caro y las ideas positivas”, en: Sierra Mejía, Rubén (ed.). *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.

El rastro en la arena: Barba Jacob, lector de Bolívar. Relectura de sus *Escritos mexicanos*

The trail in the sand: Barba Jacob reader of Bolívar. Reading of his *Escritos mexicanos*

Alberto Bejarano*
Universidad de Antioquia

Recibido: 3 de marzo. Aprobado: 31 de mayo de 2010 (Eds.)

Resumen: el artículo estudia la recepción de la vida y obra de Bolívar en los “escritos mexicanos” del poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, publicados entre 1913 y 1942. Nuestro propósito es, por un lado, explorar las diversas lecturas que Barba Jacob hizo de Bolívar, en tanto héroe “carlyleano”; y por otra parte, problematizar los perfiles de Bolívar contruidos por Barba Jacob a lo largo de sus exilios en México.

Descriptores: historia de las ideas; Bolívar; Barba Jacob; pensamiento colombiano del siglo xx.

Abstract: this article studies Colombian poet Porfirio Barba Jacob’s reception of Bolívar’s life and thoughts between 1913 and 1942. Our purpose is, on the one hand, to explore Barba Jacob’s plural lecture of Bolívar as a “carlylean” hero and, on the other hand, to problematize the profiles of Bolívar built by Barba Jacob during his exiles in Mexico.

Key words: History of systems of thought; Bolívar; Barba Jacob; 20th century Colombian thought.

* Candidato a doctor en Filosofía en la Universidad París 8 (kinephilo@gmail.com). Maestría en Filosofía y Estética de la Universidad París 8. Este artículo hace parte de las reflexiones sobre su tema de tesis: “¿Cómo pensar el siglo xx? Narraciones (extra)ordinarias”.